Enfermedad de los enemigos - China, Kang

Hoy es el día 23 desde que llegué desde Hangzhou, China, a este lugar.

Antes de venir, durante tres años y medio recorrí muchos hospitales por hipertensión, angina de pecho y fibromialgia, cambiando innumerables veces los medicamentos que decían ser buenos, y especialmente la enfermedad en la que todo el cuerpo dolía y punzaba, sin un nombre claro ni un método de tratamiento, la sobrellevaba tomando solo analgésicos, y debido a la tolerancia a los fármacos, cada vez en mayores cantidades y con intervalos cada vez más cortos, sin poder dormir si no los tomaba; vivir en ese sufrimiento me iba agotando cada vez más. Mientras tanto, por recomendación de las personas a mi alrededor, vine para hacerme pruebas y recibir tratamiento en un gran hospital de Corea.

El resultado del examen en el Hospital de la Universidad Konkuk fue «fibromialgia», y decían que había que tomar medicamentos durante 3 años y que la tasa de curación era del 30%, así que comencé a tomar la medicina con la esperanza de que quizás yo pudiera pertenecer a ese 30%. Cuando tomaba la medicina, el dolor se aliviaba, pero era un analgésico que hacía que la cabeza quedara aturdida, con somnolencia, sin apetito ni energía, obligándome a vivir así. Aferrarme a una medicina sin ni siquiera la mitad de esperanza y tener que vivir así era verdaderamente desalentador y no veía esperanza. Mientras tanto, mi hijo me presentó este lugar y llegué hasta aquí.

Al llegar aquí, era un lugar verdaderamente hermoso. Antes de irse dejándome aquí, mi hijo me tomó la mano y me dijo: «Madre, aquí probablemente le dirán que no tome los medicamentos que trajo si es posible; téngalos con tranquilidad y haga lo que le digan.» Me puso en la mano la Biblia que él leía y me dijo: «Léala cuando tenga tiempo», y se fue.

Pensé: "Qué centro de retiro tan peculiar, ¿cómo van a tratar la enfermedad sin tomar medicamentos?", y al entrar a la habitación les pregunté a los pacientes que habían llegado antes si de verdad no tomaban medicamentos. Me dijeron que sí, de verdad.

Por la noche escuché la primera conferencia del director. La palabra era muy tranquila, pero su dignidad y sus palabras llegaron profundamente a mi corazón, y sentí que era una persona digna de confianza.

Renuncié a los medicamentos y seguí con empeño todos los programas como me indicaron: dieta de frutas, agua, ejercicio, conferencias por la mañana y por la tarde... Al perder 4-5 kg de peso de golpe, el cuerpo se volvió mucho más ligero, la angina de pecho que solía atacarme con frecuencia por la noche ya no mostraba ninguna reacción, y la cabeza estaba muy clara, así que no había necesidad de preocuparse por la hipertensión, y el síntoma de punzadas y dolores en todo el cuerpo se fue aliviando gradualmente, y ahora casi no tengo síntomas. A medida que esto ocurría, la preocupación por la enfermedad fue desapareciendo cada vez más, y al entrar las conferencias del director en mi cabeza, toda mi atención se concentró en Jesús. No parecía una paciente que había venido a curar una enfermedad, sino una estudiante que había venido a escuchar la palabra. Al darme cuenta de que Dios existe y sentir poco a poco el amor de Jesús, quería escuchar más la palabra, leer más libros, y repetía las palabras de la Biblia que acompañaban las conferencias y también oraba. Finalmente, en mi corazón surgió la convicción: "¡Ah, esta es la verdad absoluta. Aunque lo deseche todo, esto es lo que debo aferrar sin falta, y aunque no pueda hacer todo lo demás, esto es lo que debo hacer con empeño en mi vida!"

Pensaba que era una vida miserable, abandonada por mi esposo, viviendo solo en injusticia hasta enfermar y morir sin remedio, pero ver una nueva meta clara y sentir que había encontrado lo que debía hacer en el resto de mi vida era verdaderamente bueno. Por eso me salía una y otra vez la oración: «Gracias. Gracias.» Ya fuera paseando o acostada, los pensamientos se multiplicaban y llegué a preguntarme: "¿En qué me equivoqué?". Yo, que me sentía orgullosa de haber vivido con esfuerzo y conciencia, tuve el pensamiento: "¡Soy una pecadora!", y la duda de por qué debía arrepentirme se fue resolviendo poco a poco, y finalmente comprendí que mi enfermedad era una enfermedad del corazón, una enfermedad acumulada por el odio, una enfermedad nacida de un corazón sin amor: celos, envidia, odio, ego, etc. También comprendí que esta

enfermedad solo Dios puede sanarla, y que para sanar esta enfermedad debo abrir mi corazón, aceptar la voluntad de Dios y obedecer Su palabra para poder liberarme de la enfermedad. Así que comencé a buscar mis pecados, y estos comenzaron a salir en montones uno tras otro, y no tuve más remedio que bajar la cabeza. Entre ellos, lo que más me pesaba era el pecado de haber impedido que mi hijo tuviera fe y haberlo enviado a estudiar al extranjero a la fuerza; pensé que ese era el mayor pecado ante Dios. Mi hijo había estudiado en la Universidad Sahmyook de Rusia y, al volver, vivía su fe con empeño y cuidaba los asuntos de la iglesia, pero yo, descontenta con ese hijo, lo envié a la fuerza al extranjero para que estudiara otra cosa por todos los medios. Mi hijo, hasta ahora, sin resentirse con esa madre, conservando esa fe, me guio hasta aquí deseando que su madre decidiera por sí misma. Yo subí al monte por ese camino y pedí perdón a Dios, y llamé a mi hijo por teléfono: «Hijo, lo siento. Por favor, perdona a tu madre. Y gracias por traerme hasta aquí. Ahora la enfermedad ha sanado por completo.» Hice un arrepentimiento así. Por primera vez le dije a mi hijo las palabras: "Lo siento mucho."

Además, mi enfermedad realmente la contraje por esa "enfermedad del rencor", y la cuestión era cómo perdonar al esposo que hace 20 años me abandonó a mí y a nuestros dos hijos. Se hizo evidente que perdonar es para mí, es para mi propia vida, y es algo que agrada a Dios. También es claro que el odio y la venganza son originalmente de Satanás y no son lo que Dios desea, pero ¿cómo debía aceptar las palabras «Ama a tu enemigo»?

Sin embargo, un día, las palabras tan serias del director sobre "tres métodos para no estresarse" perforaron mi corazón angustiado. Cuando cambié mi corazón para perdonar a esa persona, mis propias faltas se hicieron más grandes, esa persona que ahora está en dificultades me dio lástima, y al pensar: "¡Si yo hubiera conocido a Dios antes, no nos habríamos convertido en enemigos!", sentí como si una gran piedra que oprimía mi corazón se desprendiera con un golpe y quedé aliviada. Y llegó la convicción de que desde ahora no sufriría más aferrándome al pasado.

Aunque fue poco tiempo, las impresiones recibidas son realmente muchas.

Lo que más agradezco de haber venido aquí es haber comprendido que el Dios vivo hoy también está trabajando junto a nosotros y por nosotros, y qué es lo que Él está haciendo.

También agradezco haber encontrado esta buena y verdadera verdad que enseña una fe segura, con tanta bendición. Yo también, de ahora en adelante, con una actitud de humillarme hasta lo más bajo, me esforzaré por seguir al Señor.

Por último, estoy muy agradecido con el director y con todos ustedes que participan en la obra redentora de Dios que salva vidas moribundas aquí y que se esfuerzan por dar esta nueva vida, y cuando vaya a China también lo proclamaré ampliamente y, imitando al director, viviré el resto de mi vida siguiendo la voluntad del Señor. ❖